

Motivación para la lectura en la universidad: un reto para estudiantes y profesores

Por: Mateo Dávila

La universidad es uno de los pasos más importantes en la vida de todo estudiante. Se llega a un lugar donde el trabajo y aprendizaje son mucho más autónomos, donde los temas no son tan elementales y van mucho más enfocados a lo que normalmente el estudiante cree que es su “vocación”. Este paso requiere un proceso de adaptación en el que muchos fallan; el enfrentarse a nuevas, más extensas y complejas lecturas hacen que haya desmotivación en varios alumnos, lo cual se traduce en malas calificaciones y en algunos casos, el abandono de la carrera. Al ser un trabajo autónomo, el acompañamiento suele ser poco y a muchos alumnos les cuesta adaptarse por sí mismos a este cambio. Dicho esto, el objetivo de este trabajo será identificar las causas del desinterés de los estudiantes que entran a la universidad por los textos académicos, a fin de mostrar que las estrategias usadas por los responsables del aprendizaje no son suficientes para generar una adaptación correcta a la cultura universitaria.

En primer lugar, es necesario entender lo que significa la lectura, para después verla en la perspectiva universitaria. Castañeda y Henao (2010) la definen como una actividad mental compleja de capacitación, donde se graban datos, conceptos, emociones, y el lector debe interpretar, confrontar, rechazar, resumir y elaborar conceptos que contienen los textos. Lectura, entonces, no solo es pasar la vista de un lado a otro por encima de las letras, sino hacer un trabajo de comprensión, análisis, crítica, y síntesis para recoger las ideas sin recordar cada palabra leída. En ocasiones, desde el colegio no hay una preparación apropiada para desarrollar estas habilidades, o al menos no para

hacerlo en lecturas tan extensas. Esa falta de preparación, sumado a la falta de ayuda en la adaptación, va creando un desconcierto en el estudiante que recién entra a la universidad; el cual quiere mantenerse en la zona de confort que tenía en el colegio cuando solo realizaba lecturas cortas y no enfrentaba al reto que implica hacer un trabajo de análisis más riguroso frente a una lectura compleja. Por lo tanto, el estudiante deja de realizar las lecturas encargadas y llega con mala preparación a las clases.

Cuando no hay un verdadero ejercicio de lectura, más aún en un espacio universitario donde el aprendizaje requiere de pensamiento crítico y análisis, el problema se debe a que se están empleando de manera incorrecta las estrategias para llevarlo a cabo. Anaya-Durand y Anaya-Huertas (2010) dicen que muchos maestros no generan motivación en sus alumnos más allá de motivadores temporales; que comprenden: el ejercicio de la autoridad o el manejo de la inseguridad del alumno para aprobar el curso o una distinción sobre sus compañeros. Y cuando los estudiantes empiezan a trabajar por conseguir una nota, más que por el aprendizaje, se desmotivan; no encuentran sentido a lo que hacen más allá de obtener su calificación. El resultado son profesionales sin pasión, que en su proceso de aprendizaje tuvieron resultados regulares y poca disposición para hacer buenos trabajos. “Encontré que los estudiantes solo revisaban aspectos superficiales, es decir, lexicales, morfosintácticos y ortográficos; no hacían una revisión sustantiva ni una reestructuración global del texto, no volvían a pensar lo que querían decir y cómo lo querían decir” (Carlino, 2008, p. 158). El problema está en que, a través de estrategias mal empleadas, se desprende un aprendizaje precario, que no alcanza a cumplir los propósitos de cada curso universitario.

Así pues, del problema que hay en el desinterés por la lectura y la preparación de las clases se deriva un mal aprendizaje que impedirá un desarrollo óptimo del futuro profesional, a lo largo de su carrera. Sin embargo,



esto tiene una solución no muy complicada. Después de todo muchos estudiantes logran adaptarse y ser buenos profesionales, motivados durante toda su carrera, por lo que el problema no requiere un cambio estructural significativo. Y radica en que los profesores deben dejar de asumir que el estudiante ya sabe ser crítico y analítico en las lecturas; en lugar de ello, deben darle las pautas para serlo.

La solución para que los estudiantes aprendan lo que necesitan y su proceso de aprendizaje sea óptimo, mostrando interés por las lecturas propuestas, está en preocuparse más por su proceso; entendiendo que éste necesita las pautas para desarrollar un pensamiento reflexivo. El estudiante necesita que el docente lo acompañe en el desarrollo del entendimiento y la interpretación de cada lectura; al menos al principio, mientras en medio del nerviosismo que genera la duda de si escogió la carrera correcta, se sienta seguro con que, por lo menos, puede hacer frente a las lecturas sin que le generen una preocupación extra.

El cambio requerido entonces, no implica una reforma completa al sistema universitario, sino que haya más preocupación en el fondo del proceso de interiorización, más que en la forma o en los resultados.

Si la universidad quiere mejorar la calidad de sus egresados, debe trazarse como tarea prioritaria formar estudiantes capaces de leer, no solamente para responder a sus actividades académicas inmediatas y para informarse, sino para investigar y para redactar textos coherentes que permitan socializar los avances y los resultados de las investigaciones: en otras palabras, en la universidad se debe enseñar a leer y a escribir para comprender, interpretar, confrontar, reelaborar, comparar y difundir los conocimientos. (Castañeda y Henao, 2010 p. 31-32).



Así pues, se entiende lo fundamental del acompañamiento en el proceso de adaptación del estudiante para que se acomode a la metodología y así garantizar un proceso de aprendizaje donde se forme a un profesional, no solo competente, sino también motivado. Nuevamente retomamos a Anaya-Durand y Anaya-Huertas (2010) quienes proponen al maestro trabajar en una región segura de nivel de exigencia que no ocasione desaliento y bajas notas; deben tener expectativas suficientes, pero no exageradas para promover un mejor rendimiento en los alumnos.

Entonces, si bien el trabajo de la universidad propone mayor autonomía y que el alumno desarrolle sus propias estrategias para el aprendizaje, el maestro también tiene una responsabilidad vital que es la de no de crear la motivación sino guiar al alumno para que este no la pierda, y se mantenga firme en su deseo de estudiar y aprender para así obtener buenos resultados que permitan un aprendizaje real.

Para sintetizar lo que se ha dicho, el problema que tienen muchos estudiantes es el de no saber adaptarse por sí mismos al ritmo de aprendizaje que proponen las lecturas universitarias, lo cual los desmotiva y termina por hacer que no quieran trabajar; por eso, es necesario un acompañamiento que se preocupe por ser guía en este proceso.

En conclusión, la universidad es un espacio de interminable conocimiento; de aprovecharse correctamente, se obtienen las herramientas más valiosas para la vida profesional. No obstante, para que esto se dé, será necesario que cada estudiante logre adaptarse desde el inicio y que esté motivado en el transcurso, lográndose por medio de su autonomía, pero también de una oportuna guía por parte del maestro que le provea las pautas para saber enfrentar este cambio. De lo contrario, caerá en la desmotivación desde los primeros semestres y buscará aprobar nada más, en lugar de



aprender, desaprovechando todos los recursos que esta maravillosa y rica etapa provee.

Referencias:

Anaya-Durand, A., & Anaya-Huertas, C. (2010). ¿Motivar para aprobar o para aprender? Estrategias de motivación del aprendizaje para los estudiantes. *Tecnología, Ciencia. Educación*, 25 (1), 5-14.

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=48215094002>

Carlino, P. (2008). Leer y escribir en la universidad, una nueva cultura. ¿Por qué es necesaria la alfabetización académica? En *Los desafíos de la lectura y la escritura en la educación superior: caminos posibles*. Cali: Universidad Autónoma de Occidente, 155-190.

<https://www.aacademica.org/paula.carlino/162.pdf>

Castañeda N., L. S., & Henao S., J. I. (2017). La lectura en la universidad. Un proyecto de investigación. *ÁNFORA*, 5(10), 29–46.

<https://doi.org/10.30854/anf.v5.n10.1997.367>